



Visiones de lo negro en la escritura caribeña: de James y Lamming a Césaire y Fanon

*Visões do negro na literatura caribenha:
de James e Lamming a Césaire e Fanon*

*Views on blackness in the Caribbean writing:
from James and Lamming to Césaire and Fanon*

*Marcelo José Cabarcas Ortega**

Resumen

Se reflexiona sobre los modos en que cuatro autores importantes rebaten las visiones esencialistas de la identidad negra antillana. La base es el análisis textual de un conjunto de obras teóricas y de ficción con miras a identificar dinámicas contradiscursivas que desde la academia y el campo literario redefinen el legado social y cultural de las comunidades negro-caribeñas. Este artículo contribuye a los estudios sobre el Caribe en la medida en que analiza un *corpus* escritural vital para el pensamiento histórico en torno a la región.

Palabras clave: tradición intelectual caribeña, reescritura histórica, negritud.

Resumo

A reflexão é sobre o modo como quatro autores importantes rebatem as visões essencialistas da identidade negra antilhana. A base é a análise textual de um conjunto de obras teóricas e de ficção voltadas a identificar dinâmicas contra discursivas que, desde a academia e o campo literário, redefinem o legado sociocultural das comunidades negro-caribenhas. Este artigo contribui para os estudos sobre o Caribe ao analisar um *corpus* literário vital para o pensamento histórico na região.

Palavras chave: tradição intelectual caribenha, reescrita histórica, negritude.

* Profesional en Lingüística y Literatura por la Universidad de Cartagena, Colombia. Maestro en Literatura Hispanoamericana y del Caribe por la Universidad del Atlántico, Barranquilla, Colombia. Profesor asociado del Programa de Licenciatura en Inglés con énfasis en Educación, Fundación Universitaria Colombo Internacional, en las áreas de teorías y literaturas del Caribe y Latinoamérica y el análisis del discurso. Miembro de la Fundación Universitaria Colombo Internacional, Cartagena, Colombia. Autor del libro *La figuración de lo lúdico y su subversión estética. La representación de lo popular en Tambores en la noche, de Jorge Artel*, España, Editorial Académica Española, 2013. E-mail: <mcabarcas@unicolombo.edu.co>.

Abstract

This article reflects the way in which four renowned authors deal with the essentialist view of Black Antillean identity. It is based on the textual analysis of a set of theoretical and fictional works to identify some counter-discursive dynamics that, from the academic and literary fields, redefine the social and cultural legacy of the Black-Caribbean communities. The article contributes to the studies of the Caribbean by analyzing a vital scriptural *corpus* for the historical thinking of this region.

Keywords: Caribbean intellectual tradition, historic rewriting, blackness.

Este artículo aborda la manera en que Cyril Lionel Robert James, George Lamming, Frantz Fanon y Aimé Césaire, cuatro de las figuras más importantes del pensamiento antillano, parten de una visión crítica del colonialismo hegemónico en el Caribe para construir una visión más autoconsciente de su propia identidad cultural. Dos cosas podrían decirse respecto a esto: primero, que la tradición intelectual que su trabajo conforma es, ante todo, una deconstrucción a fondo de los prejuicios y estereotipos en torno a la “negritud” y la “caribeñidad” surgidos dentro de una visión de mundo etnocéntrica, y segundo, que en la medida en que tales escritores pugnan por desmontar dichos prejuicios y estereotipos, sus textos se constituyen en una narrativa en disputa con la hegemonía europea en las sociedades locales, narrativa que se expresa mediante textualidades híbridas que combinan la construcción de un lugar enunciativo autóctono con el uso diestro de las economías escriturales de la tradición literaria y filosófica de Occidente. Dado que el ensayo y la literatura, por encima de cualquier otro género textual, han constituido el modo primordial de expresión del pensamiento sobre el Caribe y desde el Caribe, es importante acercarnos al complejo entramado ideológico-discursivo de estos escritos porque así podemos entender cómo los intelectuales y creadores de la zona han estado en la búsqueda de modos más independientes de escribir a partir de su propia realidad cultural, social, política y estética.

Esta búsqueda, a su vez, ha dado origen a un *corpus* teórico y artístico complejo cuyos niveles analíticos y narrativos constituyen el objeto de este artículo. Cabe afirmar que esta reflexión se apoya en el análisis textual de los ensayos y obras de ficción de los autores, buscando identificar los rasgos estéticos e ideológicos que legitiman o cuestionan las jerarquías simbólicas manifiestas en las obras. Esto es pertinente para los estudios caribeños porque contribuye al análisis de sus procesos de maduración intelectual y estética, y al estudio de los modos en que su tradición intelectual interroga, cuestiona y redefine dinámicas históricas de alienación y desposesión mientras formula posibilidades para una agencia emancipadora. Lo último a señalar es que este análisis encierra cierta ambigüedad que deriva de las tensiones y complejidades inherentes a la realidad caribeña, a su vez proyectadas sobre el sitio de enunciación que dicha complejidad construye para el intelectual de la región. Trouillot lo confirma cuando se refiere al carácter oscilante de las subjetividades forjadas por las historias coloniales:

Los pueblos no siempre son sujetos en confrontación con la historia, como algunos académicos desearían, pero la capacidad sobre la cual actúan para convertirse en sujetos es siempre parte de su condición. Esta capacidad subjetiva asegura la confusión porque hace a los seres humanos doblemente históricos o, más apropiadamente, completamente históricos. Los involucra simultáneamente en el proceso sociohistórico y en las narrativas que se elaboran sobre dicho proceso (Trouillot, 1995:24).¹

Libertad y ciudadanía después de las plantaciones

La sociedad angloantillana evolucionó en torno a la economía de plantación. Por supuesto, en la base de tal bonanza estaban las amplias masas de esclavizados que sustentaban la producción. Luego de 1833, año de la firma del acta inglesa de abolición, los descendientes de estos esclavizados siguieron constituyendo los segmentos más pobres de la sociedad, ocupados mayormente en las tareas rurales. De hecho, el contexto posterior a la emancipación marcó la continuación de una economía de exportación que siguió atando al cultivador negro a la labor de la tierra. Apenas salido de su encadenamiento, el esclavo se transformó en trabajador agrícola. Con el tiempo, este nuevo campesinado conformaría uno de los sectores sociales más importantes de las Antillas de habla inglesa (Brathwaite, 1984:122), pero dado que los privilegios, divisiones, exclusiones y prejuicios se mantuvieron intactos, la marginalidad y el analfabetismo siguieron afectando a la mayoría de los descendientes de esclavizados en estas islas.

Esta situación de pobreza empeoraría con la llegada de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión, dos eventos que sacudirían los cimientos de la economía anglocaribeña. La consecuente recesión económica global y la crisis política europea sacudieron las bases del colonialismo inglés en la región. A partir de la década del treinta la insatisfacción generalizada ocasionó disturbios en todas las islas y territorios del *"British rule"*. Al canalizar la inconformidad de estos sectores excluidos, sindicatos y asociaciones, hasta ese momento pequeños, pudieron erigirse en movimientos nacionalistas o autonomistas, ya plenamente establecidos para mediados de siglo. Estos movimientos harían eco del clamor por mayor autonomía y paridad racial al cual muchos pensadores y creadores de la región se sumarían en el transcurso de esos años.

En el caso del Caribe francés el análisis contextual adquiere un tono diferente: hay un periodo de alrededor de 150 años entre la Revolución Haitiana (1790-1804) y la departamentalización de Martinica, Guadalupe y la Guayana Francesa (1946). Mientras la revolución marcó una ruptura violenta con la metrópoli, la departamentalización se convirtió en una transformación jurídica relativamente tranquila

¹ Todas las traducciones del inglés sobre el material teórico de este texto son elaboraciones propias.

que convirtió a esas islas en entes territoriales de ultramar. Walsh (2013) sostiene que ambos acontecimientos, pese a sus distancias, constituyen un legado de emancipación que ha nutrido las narraciones de identidad y ciudadanía construidas por generaciones sucesivas de afroantillanos de habla francesa. En este proceso, la lucha contra la racialización ha jugado un rol fundamental.

En principio, la idea de lo *negro*, tal como la conocemos, se remonta, de acuerdo con Trouillot (1995), a la consolidación del racismo científico propio del Enciclopedismo del siglo XVIII, y es a partir de ese momento que el término empieza a cargarse de las connotaciones negativas que actualmente lo definen. El correlato de esta expansión está constituido, por su parte, por el fortalecimiento durante ese periodo de la plantación esclavista y el comercio triangular. Ahora bien, dado que las colonias francesas del Caribe eran sociedades organizadas económica y culturalmente a partir de la esclavitud, los discursos que legitimaban el orden social estaban inevitablemente estructurados con base en la legitimidad connatural de la jerarquía esclavo-dueño. La negritud, en ese sentido, no sería más que una expresión biológica concomitante con la “inferioridad ontológica negra” que constituía la razón de la sujeción del esclavo.

Este es el modo de pensamiento que inevitablemente enmarca el proyecto ilustrado que tanto impacto tuvo en esta parte de las Antillas a partir de la Revolución Francesa. Y son precisamente sus presupuestos los que explican las dificultades que el orden republicano ha tenido desde entonces para garantizar a los descendientes de esclavizados el acceso pleno al sistema de derechos y libertades democráticos postulados por la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789. Como propone Dubois (2004), la noción de estos derechos fue moldeada por la lucha de los caribeños negros por la ciudadanía. En efecto, las pugnas por establecer y asegurar la igualdad promulgada por los ideales republicanos que han caracterizado las dinámicas sociales en las Antillas desde entonces, definen la compleja relación entre estas islas y la metrópoli europea. Como ya se dijo, esto se explica por las ambigüedades manifiestas entre el discurso ilustrado moderno –sus ideales de emancipación social– y el legado práctico de la explotación esclavista. De modo que, aunque en teoría se inauguró un orden social nuevo, en el cual todos los sujetos, sin distinción de raza, gozaban de igualdad de derechos, la emancipación sobre el papel encontró nuevas coerciones y exclusiones por parte del estamento colonial y de la aristocracia de plantación tanto en Haití como en el resto de las colonias francesas.

El historicismo como pensamiento híbrido

Como ya se señaló, ser negro adquiere su actual significado a partir de la inserción del esclavizado en el sistema capitalista mundial. Desde ese momento, el concepto queda asociado a una serie de valores y creencias que reflejan el rol del africano y sus

descendientes en un régimen productivo de plantación (Gilroy, 1993; Trouillot, 1995). James, Lamming, Césaire y Fanon impugnan estos valores y creencias a través de una narrativa que cuestiona el etnocentrismo precisamente a través de las herramientas conceptuales y estilísticas provistas por el pensamiento y la literatura modernos. Algunos investigadores ven en esa dualidad un incipiente posicionamiento crítico con respecto a los presupuestos del occidentalismo inculcados por siglos a las subjetividades caribeñas. Paget lo afirma en los siguientes términos: “El historicismo ha sido una de las construcciones ontológicas generativas más importantes del pensamiento caribeño moderno. [Sin embargo, con todas sus peculiaridades] este historicismo ha provisto las bases filosóficas para gran parte del trabajo económico, político, sociológico y literario emprendido por los académicos regionales” (2000:48).

Es necesario situar el trabajo de James al principio de esta tradición. Es él quien logra romper definitivamente con la dialéctica salvaje-civilizado predominante en los regímenes epistémicos ilustrados, al reivindicar la importancia que tienen para las identidades diaspóricas del “Nuevo Mundo” aspectos como la evolución de las creencias y prácticas sociales, los valores transformados o recién adquiridos, las metas impuestas en cada momento y lugar específico, las revoluciones y cambios de mentalidad, y los lenguajes y discursos que desaparecen, se adaptan o se crean dentro de los procesos históricos de emancipación. Cuando logra establecer los anteriores elementos como los rasgos circunstanciales de una subjetividad negra política y culturalmente activa, rompe con el esencialismo predominante en los modos de pensar la región. Esto se debe, de acuerdo con Paget, a que “James jamás vio al ser como una construcción cultural fuera de la historia, atemporal. Este ser, por el contrario, era un agente que se movía y que tenía su existencia en el *torbellino* del devenir histórico” (2000:50).

Quizá el ejemplo más notorio de la manera en que James interpreta la historia del Caribe se encuentra en el célebre ensayo *Los Jacobinos Negros: Toussaint Louverture y la revolución de Saint-Domingue* (1938). La obra reivindica el carácter central de la plantación caribeña en la evolución del capitalismo y postula la independencia de Haití como uno de los factores que promovió la imposición del orden liberal ilustrado en todo el mundo atlántico. Dicho de otra forma, se infiere que la conformación misma del Estado haitiano evidencia que, lejos de ser un simple instrumento –los seres-dados para una entidad-otra a las que se refería Hegel–, las subjetividades surgidas de la esclavización fueron agentes activos de la modernidad, conciencias autónomas con un proyecto político claramente establecido, un símbolo, si se quiere, de las posibilidades futuras del mundo caribeño dentro de una potencial revolución internacional. Al posicionar la esclavitud como base de la noción occidental de lo negro, y al postular la lucha del esclavizado por los derechos y la ciudadanía como el núcleo cultural y político de las Antillas modernas, se sientan las bases de una perspectiva que ha demostrado ser muy fructífera para la experiencia intelectual y artística de esta parte del mundo.

De la historia de James a la “pequeña historia” de Lamming

En lo referente a lo literario, la obra de James marca, ante todo, el surgimiento de una narrativa en busca de mayor autonomía estética e ideológica. Esto se refleja en la urdimbre de influencias entrelazadas en su novelística. En su urgencia por superar el impulso hacia la imitación, el uso de tales influencias y modelos resulta en la aparición de un producto diferente, ubicado en una liminalidad estética que no por eso deja de reflejar un tono y una voz narrativa auténticas. De hecho, si algo nos enseña James es que ser un escritor caribeño reside en saber caminar por la cuerda floja que se extiende en esa posición oscilante, en construir desde la reutilización del lenguaje y las economías occidentales de la escritura. Este es el modo en que el autor caribeño encuentra su camino, entremezclando las herramientas técnicas y de abstracción de la literatura conceptual con el deseo de problematizar cierta conflictividad inherente a existir en esta parte del mundo. De esa manera fusiona, reescribe y adapta modas y hallazgos; así libra la batalla del escritor anglocaribeño contra la tradición que lo coacciona. Al someterse a estas presiones, su escritura termina por arquearse entre la influencia de la “gran literatura” y su propio *locus* antillano. A partir de esta dualidad, de este juego entre tradición y cambio, entre mimesis y autoconciencia, surge la protesta personal del artista hacia modelos de escritura que reflejan una imposición vertical, lo que en cierta medida constituye su credo artístico, su muy singular forma de afirmarse en lo estético, lo ideológico y lo político.

En cierto sentido, parecería que en esta tendencia a fusionar hubiese una cierta incertidumbre de referentes, una dislocación. Sin embargo, es curioso ver que transitando un sendero trazado desde la tradición moderna, James plantea una forma de pensamiento a través de la cual la conciencia del subordinado intenta transformarse en conciencia histórica. Para el autor angloantillano de mediados del siglo xx, la adquisición de esta nueva conciencia tendrá efectos muy claros, pues marca el inicio de una ruptura con la zona de pasividad resignada que le asigna el discurso legitimador de una otredad dominante. Por eso, desde un posicionamiento político puede decirse que su escritura opta por un compromiso directo con las realidades económicas y políticas de un medio social oprimido por el colonialismo, el racismo y la enajenación. No es de extrañar entonces la inquietud que su trabajo muestra por el análisis de las formas de influencia simbólica y material que Occidente tiene sobre el mundo caribeño y las posibles formas de emancipación que surgen en los márgenes de este sistema, lo cual marca un precedente en la tradición intelectual de la región. De acuerdo con Onyekachi Wambu:

En la década de 1930, C. L. R. James había escrito la novela *Minty Alley* (1936), así como *Los Jacobinos Negros...* (1938), el relato histórico de la exitosa rebelión de esclavos en Santo Domingo (hoy Haití), lo cual desató un hambre nueva por la

autodefinición de la región. La gente del Caribe podía ser heroica, podían ser actores importantes e incluso dueños de su propio destino. Esto fue particularmente crítico, y se dio paralelo al otro gran evento que sucedió en la región en ese momento: el grito por la independencia y el autogobierno. *Minty Alley* de C. L. R. James los había convencido de que la autenticidad, y los pobres “negros” y “asiáticos” de la región, eran suficiente material para el heroísmo (2011:6).

A juicio de Wambu, *Minty Alley* fue el trabajo de ficción más importante escrito sobre las Antillas de lengua inglesa durante la primera mitad del siglo xx. La novela refleja las contradicciones que el propio autor enfrentó en el plano personal y académico, pues narra el crecimiento de un joven estudiante negro en un territorio colonial en el marco de las luchas y negociaciones entre los sectores obreros y campesinos, y las fuerzas colonizadoras europeas. En términos breves, se puede decir que de forma paralela a la educación sentimental e intelectual de Haynes, el personaje central, hay en la obra un interés por describir el deterioro del sistema colonial inglés en el periodo de entreguerras, así como de deliberar sobre las causas del descontento reinante entre las clases populares antillanas. La idea de que estos sectores eventualmente emergerán como los verdaderos pivotes de la identidad política y cultural de la región es un subtexto fundamental del relato.

La novela, asimismo, nos permite entender mejor el complejo emplazamiento social y cultural del escritor anglocaribeño en la medida en que nos deja ver la distancia que media entre la posición del letrado y la comunidad históricamente oprimida de la cual proviene. En este caso, el protagonista, en tanto “sujeto educado”, llega a la conciencia de su posición ambivalente cuando reconoce que no ha sido totalmente “elevado” de las duras realidades del mundo popular del cual emerge, pues sigue padeciendo la exclusión por parte del estamento oficial colonial. Dado que su experiencia misma ejemplifica estas contradicciones, la forma en que su madre lo instruye es muy dicente con relación a la distinción que la educación marca en un entorno de exclusión y pobreza: “Quiero que seas independiente, y en estas islas pequeñas que un ‘negro’ pueda ser independiente significa que debe tener dinero o una profesión: Yo sé lo que tu padre sufrió, y eres tan parecido a él que tiemblo por ti” (James, 1997:22).

Ahora bien, James y Lamming se relacionan porque ambos conectan la experiencia social y la interioridad del sujeto con el impacto histórico de la racialización. Ambos, ante todo, son escépticos de cualquier forma de experiencia caribeña esencial, lo que explica por qué las identidades de sus personajes se articulan en torno a prácticas y valores que varían según las especificidades del contexto. Esto es característico de *En el castillo de mi piel* (1952), la obra inicial de Lamming. En sus páginas vemos cómo el poder discursivo-ideológico colonial se entrelaza con la vivencia interior, la forma en que la gente se ve a sí misma y en consecuencia se comporta en comunidad.

Al igual que James, Lamming se interesa profundamente en los efectos perniciosos de la racialización en el mundo supuestamente emancipado del siglo xx. Por eso el sujeto que crea en su primera novela, aunque políticamente activo, sigue sometido a las tensiones y traumas de una imagen falseada y estereotipada de sí mismo. La capacidad de agencia de estos personajes es, en esa medida, limitada por las barreras impuestas a la construcción social y psicológica de individuos y grupos. De modo que su narrativa surge entre los intersticios de los metarrelatos modernos, donde día tras día, de manera aparentemente inadvertida, el decurso de los grandes eventos y transformaciones –que forjaron el mundo colonial– interpela a las subjetividades. En ese sentido, constituye una revisión a pequeña escala, que ve en lo cotidiano una forma de suplir los vacíos de la historia. Es en esos vacíos donde reside el poder que revalida la inferioridad de lo negro en cada simple conversación, acto o pensamiento. Parte de su mérito es, entonces, evidenciar estas dinámicas de control social. Sin duda, aunque proyectada un siglo después de la abolición, la trama de *En el castillo de mi piel* se conecta con el legado social, económico y racial que James analiza en su trabajo. Cuando la voz omnisciente del relato toma la palabra, trasluce un innegable desencanto hacia las relaciones jerarquizadas que han moldeado a la aldea del espacio narrativo. En cierta forma, la premisa parece ser que entre más cambian las cosas más permanecen iguales: la voz relata la caída de las islas en manos de una nueva élite tan insensible y codiciosa como la antigua plantocracia blanca.

Este escepticismo también se expresa en la refutación de los supuestos beneficios del sistema colonial. En el quinto capítulo de *En el castillo de mi piel*, el narrador expone la manera ingenua en que los niños de la escuela local hablan de su adscripción al imperio británico. El gesto grandilocuente de “Trumper”, uno de los personajes de la escena, es signo de un falso orgullo nacionalista que se ridiculiza mediante la pomposidad artificial de la siguiente frase: “[...] se llenó los pulmones. Entonces vino el grandioso imperio británico –dijo– de él formamos parte nosotros. Barbados o Pequeña Inglaterra, Dios bendiga su alma, es parte suya” (Lamming, 1979:131). Aquí la ironía actúa como mecanismo retórico-ideológico que desnuda la artificialidad de este sentimiento de pertenencia.

Podría hallarse otro ejemplo de esta focalización irónica en la escena del segundo capítulo en la cual una multitud de campesinos abre a un automovilista inglés un paso de vía no solicitado. El estupor que la aceptación sumisa del privilegio blanco produce en quien narra se expresa en el sarcasmo de la frase “la aceptación lo es todo” (Lamming, 1979:33). En cierta forma, la descripción de ambas escenas parece apoyar la premisa de que en el mundo antillano la desigualdad se sostiene en una escala de valores naturalizada por un discurso y unas prácticas de poder.

Este orden natural parecería apoyarse en la idea de que la negritud es correlativa a la condición de dominado de quien la porta. En *Los placeres del exilio*, quizá su ensayo

más reconocido, Lamming afirma que “el esclavo cuya piel sugiere la deformidad salvaje de su naturaleza” es una fuerza que el europeo, “por la espada o por la lengua, está dispuesto a conquistar” (2010:13). *En el castillo de mi piel* evidencia la vigencia de dicho legado, lo complejo que resulta para los personajes asumir la carga de imágenes negativas que se proyectan sobre su cuerpo y cultura. Esta autoimagen distorsionada arroja a cada personalidad dentro del relato a una oscilación entre el auto-reconocimiento y la representación desfigurada de sí misma, lo cual parece resolverse mediante un posicionamiento contingente en el que la enajenación no se combate desde los grandes discursos sino desde la resistencia del momento a momento. Inmersos en esta cotidianidad, los personajes están dispuestos a rebelarse contra la deformidad salvaje que los prejuicios les adjudican. Podría pensarse, en ese orden de ideas, que la escritura misma de *En el castillo...* expresa esta alienación: un escritor local se inicia en la escritura metropolitana para narrar su propia experiencia. Sin este aprendizaje sería incapaz de escribir sobre sí mismo y el contexto que habita, pues su relato solamente se válida al apropiarse del saber europeo y contar su experiencia en esos términos. No obstante, Lamming rebate esta premisa a través de una hibridación conceptual y estilística construida entre la cultura popular autóctona y lo letrado “universal”. Lo que se quiere decir es que su obra dialoga con la amplia tradición de la literatura y el pensamiento occidental sin desconocer la riqueza de sus fuentes vernáculas. Así, usa el lenguaje para crear dentro de una tradición muy bien lograda de narrativa inglesa y, al mismo tiempo, articula la escritura occidental con sus propios saberes y prácticas para interrogar la historia y proponer modos alternativos de concebirla.

Césaire y Fanon desde otra orilla

Resultaría interesante detenerse en los puntos de contacto entre las visiones de James, Lamming, Césaire y Fanon. Sin duda, ellos hacen parte del fenómeno literario e intelectual antillano de mediados del siglo xx, un proceso de maduración y logro de mayor autonomía intelectual y creativa de gran importancia en esta parte del mundo. Ciertamente, la creatividad de esta narrativa y ensayística está fuertemente imbricada en los modos de sentir la propia tradición y la propia cultura. Asimismo, estos escritores repensaron desde sus orbes creativos la identidad de un mundo sometido, entonces y ahora, a fuertes tensiones culturales, proveyendo modos originales de comprender, cuestionar y repensar las dinámicas sociales de alienación y desposesión llevadas a cabo por un etnocentrismo pernicioso. Indudablemente cada quien –desde su propio enfoque personal, disciplinario e intelectual– aporta para entender la crisis que produce la internalización de una auto-imagen negativa en una sociedad marcada por el legado de la esclavización.

Al respecto podrían enumerarse varias similitudes. En primer lugar, todos ellos están en la búsqueda de una conexión más profunda con los modos de sentir, pensar y

expresarse de las culturas “negro-caribeñas” de las que provienen. En segundo lugar, todos coinciden en haber escrito lo más reconocido de su trabajo durante la peculiar agitación anticolonial característica de la primera mitad del siglo xx. Mientras Césaire se destaca por textos como *Cuaderno de un retorno al país natal* (1939) y *Discurso sobre el colonialismo* (1955), Fanon, por su parte, es más reconocido por el ensayo *Piel negra, máscaras blancas* (1952). Estos textos, en conjunto con *Los Jacobinos Negros...* (1938) y *Los placeres del exilio* (1960), trajeron al debate sobre lo negro antillano elementos de análisis novedosos a partir de conceptos como “Negritud”, “Colonialismo” y “Calibanismo”, los cuales hoy en día resultan fundamentales para el estudio de la región. La tercera cosa que en mi opinión comparten, es el interés por reflexionar sobre los mecanismos de dominación simbólicos y materiales presentes en una sociedad surgida de la empresa colonial. A través de este análisis, la violencia ejercida por el sistema colonial sobre el subordinado es expuesta en toda su brutalidad.

En principio, los autores sostienen que el ejercicio de control del colonizador parte de la presunta irracionalidad y atraso del dominado. La hegemonía lograda mediante la imposición de la fe, categorías de raza y cultura del colonizador, aliena y fragmenta psíquicamente al dominado, modelando de forma negativa su vida social. Como respuesta, se rompe con la falsa división hegeliana entre el amo en poder de un pensamiento y un arte superiores, y el esclavo que, en su irracionalidad, sólo es capaz de imitar burdamente este arte y este pensamiento. Esto posibilita una dialéctica liberadora entre dominador y dominado a partir del reconocimiento de que la cultura autóctonamente caribeña surge de la síntesis de sus respectivas maneras de sentir e interpretar la realidad. Lo anterior enmarca una maduración crítica característica del moderno intelectual antillano, una superación de las múltiples valoraciones esencialistas sobre el mundo político, intelectual y estético caribeño.

Hablemos primero de Césaire. La principal ruptura del poeta y ensayista martiniqueño consiste en aseverar que lo negro no puede definirse a partir de una filosofía o metafísica occidentales. En efecto, su idea de negritud carece de un eje conceptual definido o de un cuerpo de teorías o visiones de mundo. “Negro”, en su caso, es una forma de experimentar la historia personal y comunal dentro de la gran historia atlántica, o si se quiere, el devenir de una comunidad “singular con sus deportaciones, sus transferencias de hombre de un continente a otro, los recuerdos de creencias lejanas, sus restos de culturas asesinadas” (Césaire, 2006b:86-87). Para él constituye, pues, un modo autoconsciente de estar en el mundo, siempre contestatario de la opresión. Por supuesto que esto implica un cambio de visión: la negritud, si ha de resistir, requiere con urgencia “un hombre nuevo” (Césaire, 1969:13), siempre en combate abierto con las viejas formas del colonialismo. Dicho de otro modo, el autor configura una identidad activa contra las formas en que la colonialidad subyuga adjudicando esencias inalterables a las subjetividades que somete. De allí la urgencia del escritor de promover una escritura reivindicatoria que reflexione acerca de la

realidad del grupo y del individuo por fuera de los lugares comunes de la educación colonial. Esta escritura, como lo demuestra *Cuaderno de un retorno al país natal*, debe apalancarse estética e ideológicamente en el reconocimiento de una historia llena de vacíos y silencios.

Con opiniones similares, aunque situados en contextos distintos, James y Lamming articulan una praxis político-estética que dialoga con Césaire al dar cuenta de los conflictos emocionales, sociales y culturales de mediados del siglo xx. Sus respectivos sitios de enunciación, ya sean líricos o narrativos, se conforman a partir de estas tensiones, pues efectivamente todos coinciden en señalar el impacto de la raza como marco histórico común de los diferentes pueblos del Caribe y en asumir la historia como medio de comprensión del propio lugar en el mundo. Ese es, como ya se dijo, parte del fundamento estético de su labor escritural, por esa razón la misma converge en una confrontación del pasado y del presente que reconoce su propia condición problemática. El “hombre-hambre”, “el-hombre-insulto”, “el hombre-tortura” del que habla Césaire ha sido siempre un sujeto de la historia y precisamente por eso tiene que enfrentarse a la difícil situación en la que se encuentra. Por supuesto, la razón por la cual ese reconocimiento es tan problemático radica en la cosificación de la otredad dominada en el mundo colonial. En una interrelación de servidumbre, de transformación del ser humano en mera fuerza de trabajo, la explotación se basa en la instrumentalización del oprimido por parte del dominador. Por supuesto, la realidad demuestra que esta objetivación es también una situación de desconocimiento de la humanidad inherente al explotado. George Lamming, desde su sensibilidad como novelista y poeta, expresaría que Occidente desconoce al subordinado que se encuentra “escondido en alguna parte en el castillo de [su] piel” (1979:292).

Este castillo protector, metáfora de las estrategias de opacidad ontológica que le permiten al esclavizado y a sus descendientes seguir siendo los mismos, es un modo de resistencia a dinámicas históricas de aculturación y enajenación. Dado que el desprecio hacia la subjetividad del esclavizado produce una experiencia individual y grupal traumática, nuestros autores le conceden gran importancia a la cultura y al rol que como intelectuales cumplen al interior suyo. A través de su escritura proponen transformarla, ofrecer alternativas al ocultamiento deliberado que reside en el centro de la misma. De tal manera, su obra se convierte en un punto de inflexión de la ideología dominante, una salida al castillo que antes se mencionaba. Sin duda, habría que derribarlo para edificar una manera nueva de verse y pensarse, pues solamente así emergería un sentido de humanidad enterrado bajo pesadas capas de discurso eurocéntrico. Esto equivale a decir que, dado que los autores provienen de un contexto donde la definición de lo negro surgida durante el decurso de la trata esclavista tiene todavía un peso psicológico, económico, religioso y político específico, la reivindicación de este legado resulta transversal a su trabajo y a cualquier otra forma de escritura históricamente comprometida.

Ahora bien, aunque lo literario ha sido un medio importante de reflexión sobre la realidad caribeña, también es interesante reflexionar sobre otros tipos discursivos surgidos a mediados del siglo XX que se han interesado en continuar con esa tarea. Frantz Fanon y su sociología de la revolución son un ejemplo claro de esta afirmación. Ante todo, debe reconocerse en su ensayística un inmenso potencial expresivo, que refuta los presupuestos del racismo científico ilustrado mediante una razón-expresión poética híbrida, que fusiona los registros literarios cultos y la riqueza proverbial de la cultura vernácula francoantillana. Esta refutación se evidencia también a nivel temático, cuando se aborda con detalle el impulso enajenante de la vida cotidiana que sufre una conciencia violentada y deformada por siglos de opresión y desprecio, mientras al mismo tiempo retoma los mecanismos de resistencia y negociación subyacentes a los saberes populares y sus modos específicos de oralidad y manejo del cuerpo. Mientras lo agobia, explota y limita mediante sus esquemas y prejuicios, el único remedio que el pensamiento etnocéntrico le propone al sujeto negro para superar estas representaciones es liberarse del legado negativo de su piel, que más que un concepto, es una experiencia vital en sí misma. La occidentalidad de los sistemas educativos regionales es un ejemplo perfecto de esta afirmación y Merle Collins da buena cuenta de ello en su poema *The lesson (La lección)*:

Mi abuelita/su mente marchando hacia atrás/enseñando lo que sabía/escogió al amigo del amo/al héroe del amo/Guillermo el conquistador [...] abuelita no se acordó de/ningún jefe Caribe/ningún rey Asante/para abuelita/Fedon nunca existió/Toussaint/fue una maldición susurrada/sus héroes/estaban en Europa/nunca en el Caribe/nunca/en África (Collins, 2011:81).

Bhabha sostiene que el pensamiento de Fanon es bastante sensible a este tipo de contradicciones precisamente por la complejidad misma de sus fundamentos conceptuales:

[Fanon] se divide entre una dialéctica hegeliana-marxista, una afirmación fenomenológica del Yo (Self) y el Otro, y la ambivalencia psicoanalítica de lo Inconsciente. En su desesperada y fatal búsqueda de una dialéctica de la liberación, Fanon explora el filo de estos modos de pensamiento: su hegelianismo devuelve la esperanza a la historia; su evocación existencialista del "Yo" restaura la presencia de lo marginalizado; su enmarcamiento psicoanalítico ilumina la locura del racismo, el placer del dolor, la fantasía agonista del poder político (2002:62).

Precisamente de esta complejidad se deriva la amplitud y sistematicidad de su pensamiento. Es particularmente reconocida la agudeza con que reflexiona sobre las condiciones simbólicas que sostienen y reproducen la visión colonialista en las subjetividades caribeñas, incluyendo la del intelectual que piensa en torno a la región. Ciertamente, Fanon critica con mucho más rigor el rol del creador caribeño, pues considera que a menudo las jerarquías del colonialismo son reforzadas por los propios

pensadores que intentan analizarlas. Podría decirse que, en tanto hombre de letras comprometido con el anticolonialismo revolucionario, una de las críticas más agudas que hace a muchos de sus contemporáneos es la repetición de los modelos etnocéntricos occidentales en su escritura y uso del lenguaje: “[...] en las Antillas [no hay] nada parecido [al uso de la lengua autóctona], la lengua que se habla oficialmente es el francés; los maestros vigilan estrictamente que los niños no hablen el criollo” (Fanon, 1973:23).

Lo que explica esta situación, a su parecer, es una situación de dominio vertical de una cultura sobre otra, que explica la valoración de una forma prestigiosa de expresión sobre otra considerada bárbara. Lo anterior implica un juego de apropiación lingüística de valores europeos que lleva dentro de sí el germen de la aculturación. Para él, “emplear una cierta sintaxis, poseer la morfología de esta o aquella lengua [...] es asumir una cultura” (1973:14) que sin duda ha sido impuesta por el esquema jerárquico que rige las circunstancias sociales. Con todo, el trabajo de Fanon, al igual que el de los otros autores analizados, se hibrida al romper con este maniqueísmo civilización-barbarie para centrarse en la exploración de ambos lenguajes, en la plasticidad inmanente de los idiomas caribeño y metropolitano, en lo que ambas tradiciones pueden ofrecer al escritor para crear un lugar de enunciación. Al mismo tiempo, quizá ninguna otra poética vislumbre mejor la capacidad del caribeño de reconfigurar los regímenes epistémicos y estéticos modernos para crear un arte y un pensamiento que resulte fiel a las condiciones psicológicas, materiales y culturales que lo enmarcan.

Lo anterior me permite pasar a la crítica que estos autores hacen a las relaciones entre las mismas subjetividades caribeñas. El punto de vista común es que el colonizado se convierte en su propio enemigo gracias a su condición de alienación. La narrativa de James y Lamming, por ejemplo, trabaja sobre las conexiones entre la identidad social, el racismo ideológico y la opresión material. El centro de su interés es la forma en que estos aspectos limitan tanto el pleno desarrollo de identidades “libres” como las luchas colectivas por derechos ciudadanos que estas identidades acometen. Su trabajo aborda, entonces, las prácticas y creencias que impiden la unificación de las sociedades isleñas, y en esa medida, la exitosa estrategia de “dividir para reinar” de las élites terratenientes locales. De manera similar a Fanon, los dos logran reflexionar –con base en las dinámicas sociales que vivieron de niños– en torno al modo en que las jerarquías propias del dominio británico separan a los distintos individuos y la forma peyorativa en que los intelectuales y los sectores profesionales de color se relacionan con la masa campesina y con los grupos obreros en sus territorios de origen. Césaire también denunciaría a esta falsa élite intelectual como herramienta central de la estrategia colonialista. En su seminal *Discurso sobre el colonialismo*, advierte sobre el riesgo representado por “los psicólogos y sociólogos” a sueldo, y “sus investigaciones dirigidas, sus interesadas generalizaciones, sus



especulaciones tendenciosas [...] su negación en aras de la causa [colonial]” (2006a:28). Una idea similar expresa Fanon cuando dice que “a menudo el enemigo del “negro” no es “el blanco”, sino su propio congénere” (1993:469). Para él, dentro de todos los modelos e imágenes que el colonizado internaliza, una de las más cuestionables desde su perspectiva es la del individualismo, pues genera fragmentación, inacción política y alienación en la medida que crea “una sociedad de individuos donde cada cual se encierra en su subjetividad” (Fanon, 1973:41).

Resulta acertado este reconocimiento de las formas en que el trauma mental del colonialismo se proyecta en la vida cultural de las comunidades caribeñas. De ahí la inmersión en el terreno de lo introspectivo, el énfasis en la inquietud que aqueja a las subjetividades. Por eso hay en todos estos trabajos una descripción descarnada de los modos brutales en que la enajenación opera sobre el dominado. ¿Pero constituye esta dominación el único determinante de la vida social? Si bien es cierto que parte del control ejercido por ese discurso hegemónico arroja una duda sobre el propio valor histórico o, mejor dicho, conduce a la expresión de una suerte de baja autoestima cultural, lo cual es, por supuesto, explicable a la luz de los hechos, parecen existir alternativas a seguir en el camino hacia una auténtica liberación. La salida que Fanon, muy particularmente, ofrece es una estética que reivindica la dimensión solidaria de las relaciones humanas, que reclama lo que se puede crear en común, es decir, los saberes orales y maneras de convivencia originarios de las Antillas. Así, las relaciones de poder coloniales pierden su carácter omnipresente, pues se evidencia que el caribeño ha desarrollado sus propias maneras de sentir y estar en el mundo, las cuales ocupan espacios importantes que no han sido trastocados por el etnocentrismo. Es de esos espacios que proviene la verdadera resistencia, la emancipación personal y colectiva. Esto, a su vez, expresa una suerte de dialogicidad. Sobre Fanon y sobre el conjunto de estos escritores podría decirse que aquello que en definitiva los une, su sello distintivo común, reside a todas luces en el carácter híbrido de su estética y pensamiento, su unión de los polos aparentemente antitéticos de la experiencia colonial.

A manera de conclusión

Ser “negro” en el Caribe implica proyectarse contra una categorización humana violenta que provoca una dualidad, una constante lucha por el derecho a ser y pensarse a sí mismo por fuera de valores externos. El rompimiento con la ontología racista es una búsqueda desde las propias formas de sentimiento y conocimiento que implica una negociación, pues a partir de la apropiación de las formas occidentales, su articulación con modos propios y la creación de formas nuevas a partir de este proceso, la subjetividad caribeña supera la instrumentalización que pretende someterla. Entonces el lenguaje pensado como herramienta de control se transforma en el instrumento mediante el cual Lamming, Césaire, Fanon y James se reapropian de sí

mismos. Esta apropiación encierra, a su vez, una forma de resignificación. Esta tarea, que inaugura una tradición intelectual, se remonta a las luchas de los descendientes de esclavos por la adquisición de plena ciudadanía y libertad. En el marco de estas luchas, ellos reescribieron –y continúan haciéndolo– las posibilidades políticas de la modernidad. Claro está que parte de esta reescritura ha tomado la forma de un *corpus* extenso de novelas, poemas, ensayos y discursos que ha sido nutrido por sucesivas generaciones de artistas e intelectuales. Podría pensarse en este *corpus* como una forma de expresión artística vital y como un ejercicio de reflexión en torno a dos preguntas todavía abiertas: en primer lugar, ¿de qué modo puede articularse un proceso de emancipación subjetiva y colectiva a la luz de una razón moderna que proyecta un paternalismo peyorativo sobre la negritud?, y en segundo lugar, ¿cómo puede el sujeto antillano, situado en una sociedad marcada por los legados del esclavismo, negociar su posición en la tradición igualitaria que inauguran la revolución de 1789 y la emancipación de 1833? Los autores mencionados han aportado en gran medida a la consecución de una respuesta.

Desde la emancipación, los discursos acerca de los antillanos insistían en su “primitivismo” y “estupidez”. Esta generación tiene el mérito de haber invertido simbólicamente esta situación. Al entender la precariedad del realismo narrativo y las teleologías historiográficas modernas para narrar el modo de ser de la sociedad caribeña, nuestros autores revelaron el falso dibujo que Occidente elaboraba sobre un universo de posibilidades humanas mucho más complejas. Para lograr la tarea, era imperativo estar a la altura del momento, darle cabida a maneras diferentes, más elaboradas, de relatar sus múltiples realidades. Esta perspicacia devino en un estilo menos pragmático pero más consciente de su funcionalidad, que hizo del trabajo directo con el lenguaje una herramienta estética e intelectualmente transformadora, destructora de estereotipos, abierta a nuevas formas culturales y visiones de mundo. El trabajo de Césaire es una muestra perfecta de lo anterior. Con todo, Césaire y este grupo de creadores ejemplifican a la perfección que el mayor placer generado por la falta de fijeza de Calibán es la posibilidad de renovación y reorganización constante de su propia identidad y sentido histórico. Sin duda, el proceso de restauración del esclavizado en el Caribe adquiere una dimensión creativa.

También la lectura histórica de James, tan influyente en el pensamiento anticolonial contemporáneo, supera el racismo epistémico inherente a los regímenes de saber modernos a partir de las herramientas provistas por la evolución conceptual de esos mismos regímenes. Esta forma de oscilación, inevitable para el *locus* enunciativo característico del artista y del pensador social caribeño, resulta un tipo muy efectivo de construccionismo, a partir del cual se edifica una manera diferente de pensar la racialidad en un mundo de pos-plantación todavía sujeto a las cadenas de la exclusión, el prejuicio y los estereotipos. Adicionalmente, pueden aventurarse dos posibles interpretaciones acerca de James y Lamming: además de la obvia dimensión estética,

existe un segundo nivel, más inferible en el plano de lo ideológico, que aborda críticamente las representaciones que los “negros y negras” caribeños internalizaron gracias a siglos de ocupación colonial. Su escritura propone una manera-otra de narrar dicha experiencia desde la mirada de quien sufre la dominación pues interpreta tradiciones, costumbres e instituciones que legitiman un estado de dominación social y violencia simbólica. Lo irónico, en este caso, es que tal logro solamente se alcanza mediante la implementación de los recursos propios de la economía discursiva que el mismo etnocentrismo ha ofrecido por vía de la educación colonial.

Así se abren nuevos campos de significado, situados entre los “espacios en blanco” que la mentalidad etnocéntrica genera en la comprensión de lo caribeño, lo que sin duda constituye un medio efectivo de reconstrucción de un pasado personal y grupal desdibujado por una multitud de falacias y ocultamientos. Fanon advierte sobre el peligro de pensar que solamente “el colono hace historia y es consciente de lo que es” (1973:30). Esta suerte de inmovilidad a la que se condenó al nativo, que contrasta con “la libertad y el movimiento del colonizador” (1973:30), constituye un orden conceptual objetable para cualquier estética o perspectiva analítica que pretenda ofrecer alternativas de acción política. Por eso la conciencia popular negro-caribeña, poco cohesionada y desinteresada en la acción colectiva, debe reconocer el rol del “sujeto negro” en la historia, pues historizar es poner en contexto las raíces de la explotación y las formas de superarla, proceso que pasa, sin lugar a dudas, por el reconocimiento de la pertenencia a un grupo humano que ha sido violentado por el orden simbólico y material del etnocentrismo.

Bibliografía

- BHABHA, Homi (2002), *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.
- BRATHWAITE, Edward Kamau (1984), *History of the Voice: Development of Nation Language in Anglophone Caribbean Poetry*, London, New Beacon Books.
- CÉSAIRE, Aimé (1969), *Cuaderno de un retorno al país natal*, México, Ediciones Era, edición bilingüe, prólogo y traducción de Agustí Bartra.
- CÉSAIRE, Aimé (2006a), *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal.
- CÉSAIRE, Aimé (2006b), “Discurso sobre la negritud. Negritud, etnicidad y culturas afroamericanas”, en Aimé CÉSAIRE, *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal.
- COLLINS, Merle (2011), “La lección”, en Keith ELLIS (compilador), *Poetas del Caribe anglófono*, La Habana, Casa de las Américas.
- DUBOIS, Laurent (2004), *A Colony of Citizens: Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.
- FANON, Frantz (1973), *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica.

- FANON, Frantz (1993), "Antillanos y africanos", en Leopoldo ZEA (coordinador), *Fuentes de la cultura latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GILROY, Paul (1993), *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, London, Verso.
- JAMES, Cyril Lionel Robert (1997), *Minty Alley*, Mississippi, University of Mississippi Press.
- JAMES, Cyril Lionel Robert (2010), *Los Jacobinos Negros: Toussaint Louverture y la revolución de Saint-Domingue*, La Habana, Casa de las Américas.
- LAMMING, George (1979), *En el castillo de mi piel*, La Habana, Casa de las Américas.
- LAMMING, George (2010), *Los placeres del exilio*, La Habana, Casa de las Américas.
- PAGET, Henry (2000), *Caliban's Reason. Introducing Afro-Caribbean Philosophy*, New York, Routledge.
- TROUILLOT, Michel Rolph (1995), *Silencing the past. Power and the production of history*, Boston, Beacon Press.
- WALSH, John Patrick (2013), *Free and French in the Caribbean: Toussaint Louverture, Aimé Césaire, and Narratives of Loyal Opposition*, Bloomington, Indiana University Press.
- WAMBU, Onyekachi (2011), "Black British Literature since Windrush", en *BBC History, British History*. Dirección URL: <http://www.bbc.co.uk/history/british/modern/literature_01.shtml>.

Recibido: 28 de abril de 2017
Aprobado: 29 de agosto de 2017